

Adaptación libre de la película **El artista**, dirigida por
Gastón Duprat y Mariano Cohn sobre un guión original de Andrés Duprat.
Prólogo de **Luis Chitarroni**. Epílogo de **León Ferrari**.

El artista
ALBERTO LAISECA

LITERATURA MONDADORI

Índice

Cubierta

Prólogo, por Luis Chitarroni

El Artista

Apuntes sobre el arte contemporáneo, por Andrés Duprat

Hacer, por León Ferrari

Créditos

Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Prólogo

por Luis Chitarroni

Las dudas sobre el arte contemporáneo no suelen ventilarse en un libro ni en un film. “Ventilarse”, verbo demasiado aéreo, parece una exageración, pero uno necesita oxígeno para empezar el prólogo de un libro tan especial como *El artista*, que más que un autor solicita un elenco. Además, si las dudas deben participar de cualquier trama o plan, es necesario que algo las convoque. Hablo de algo, una palabra con reputación de vaguedad, sin mucha esperanza. Hablo de esperanza, una palabra de otro contexto, con optimismo un tanto penoso.

El artista abre una ranura que permite ver —no sólo sospechar— el espectáculo sombrío, a veces sórdido, del arte contemporáneo cuando acontece sin que lo contemplemos. Mejor dicho, cuando lo contemplamos sin que el filo de ese cinismo asociado a la madurez o a la usura de los artistas corte abruptamente la ilusión narrativa, esa suspensión de la incredulidad ventajosa, necesaria para que las historias sigan aconteciendo y contándose (sin que éste sea su único mérito, ni el mayor).

De modo que asistimos al *backstage* de una consagración artística. Los hechos se van desencadenando detrás de la obra que no vemos. Pereza de los pormenores: la antipatía de una recepción, la vigilia alucinada de unos pacientes, la solidaridad de un fotógrafo, la actividad de una mano alzada que dibuja; pereza paralela de los discursos: “espacio”, “legitimación”, “validación”, comillas que pellizcan el aire. Volvemos al aire, a lo que queda: la asfixiante falta de inspiración de la crítica estética.

Obra conjunta —Alberto Laiseca, los hermanos Duprat, Mariano Cohn, León Ferrari—, nada complaciente, *El artista* revela que sí,

que la inspiración es posible: la belleza esquiva, inasible, la notación rápida, frugal, fugaz a la Stendhal, el desenlace balzaciano. Es admirable que lo riesgoso adquiriera un matiz gratificante, asombroso, pero es lo que ocurre en este caso: nos asomamos, nos aventuramos, y recibimos una recompensa a la altura de la curiosidad, de la expectativa. La vida oscurece las diferencias entre la vida y el arte, como pregonaba (o acaso sólo implorara) Cage, y una investigación seria sobre los valores y posibilidades del arte en la cultura actual puede despejarse del malestar inherente a las capillas y las jergas y resultar, a la vez, un entretenimiento amable, un relato entrañable.

EL ARTISTA

—¿Tiene alguna idea de cómo quiere que velen a su padre?

—No.

—El pack base es un coche fúnebre y un auto más para los familiares. ¿Va a necesitar más autos?

—No. Soy yo solo.

—El pack le incluye además ambulancia hasta el velorio y recepción de doce horas con cafetería. Le sale tres mil pesos con Peugeot 405 y cinco mil con Mercedes Benz.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Alberto Laíseca', with a stylized flourish at the end.

“La muerte de este tipo equivale para mí a la caída de la Unión Soviética. Ahora entiendo lo que debió significar para los rusos. Como dijo uno de ellos: ‘Creíamos que el Sol no se podía apagar y el Sol se apagó’.

Haberse muerto es casi una traición de su parte. Teníamos una buena transa. Mi genio fue ver su genio. A cambio le di casa, comida, lo liberé de las putas pastillas que lo transformaban en vegetal. ¿Pero por qué se murió? Las cosas marchaban bien. Tal vez pueda hacerlo igual. A Losada le gusta lo que hago. No necesito a nadie. O sí. Sería mejor si este viejo puto estuviese. Creo que se murió nada más que para molestar.

Me gustaba coger con Ana. La mandé a la mierda porque me dejó solo. En ella yo busqué un cómplice. No: cómplice no. Me estoy expresando mal. Quise que me comprendiera. Que fuese mi compinche. Tu mina tiene que ser tu escudo. Contra las dudas.

Me cago en los que me dejan solo. Me cago en Ana y en el viejo.

Sería hasta gracioso, de no ser porque estoy cagado en las patas. Yo, que nunca fui bolche —y me siguen importando un carajo—, estoy viendo, sin embargo, un funeral soviético.

Marcha fúnebre de Chopin. Pero no como en la sonata, que es todo piano, sino que se suma un instrumento tras otro hasta constituir una orquesta gigantesca. Un peán mortuorio helado y fantástico.

Tan, tan, tatán, tatatáa, ta tán tatán.

Mientras las trompetas desfilan lentamente. ‘Sobre la cureña, arrastrada por un vehículo militar, van los restos de nuestro bienamado primer ministro Andrópov’ (o Kosiguin, o Leonidas Brezniev, da lo mismo).

Toneladas de flores rojas. Deberán ser retiradas inmediatamente luego del homenaje, porque mañana olerán a podrido.

‘Ya no tenemos lugar adonde retroceder’, dijo Mihail Sergueievich, último premier soviético. Y esto se aplica a mí. Hasta ahora tuve muchísima suerte. Pero el viejo se me murió. Aunque a Losada le

gustaron mis copias. Está enojado conmigo por lo de Italia, me doy cuenta. Es que ya no tengo lugar adonde retroceder. O doy el batacazo o cago fuego. No tengo otra. Con el viejo hubiera sido más fácil. Pero eso no quiere decir que solo no pueda. Después de todo, ¿qué es el genio? ¿No puede llegar a ser, en muchos casos, una suerte de superstición? Todos podemos. Y yo más, porque estuve aprendiendo. ¿Cómo hacía el viejo? Más vigor en el trazo. Eso.”

De la manera que sea: nuestro amigo no se puede sacar de la cabeza el peán fúnebre. Y con un agregado inoportuno y molesto: la parte final de *Las campanas*, de Edgar Allan Poe: “Son de hierro, las campanas del entierro”.



Muchos meses antes.

Jorge Ramírez, joven cansado y enfermo, esa mañana tomó servicio en su hospital. Como siempre. En el pasillo una enfermera le largó un piropo:

—Hola, bombón. ¿Cómo estás?

—Bien, tesoro. ¿Y vos?

“¿Bombón de qué soy yo? De ácido nítrico y glicerina. Nitroglicerina. Un mezcla dulce e inestable. Hay una vieja película que vi por cable: *El salario del miedo*. Hay unos pelotudos que tienen que llevar en camiones esta explosiva garcha. Una simple loma de burro que te comas y fuiste. La nitro te hace volar por el aire con mucho donaire. Me identifiqué muchísimo porque miedo es lo que me ha mantenido con vida. Leí en algún lado que el miedo es la condición esencial del mediocre. Pero no es cierto. Yo soy inteligente. Y algún día se los voy a demostrar a todos, manga de putos.”

Ramírez entra a una sala y se acerca a un viejo en silla de ruedas. Le dice al anciano con falso alborozo:

—¡Romano! ¿Cómo anda hoy mi paciente predilecto?

El viejo parece saber bien quién es. No lo mira. Junta energía y luego dice con una voz quebrada, cavernosa, imposible:

—¡Pucho!

Jorge le da uno y se lo enciende. Solícito como un hada cruel.

El anciano fuma lentamente, con dificultad. Su rostro confunde mucho. Parece abstraído. Pero una cosa es no darle pelota al mundo y otra muy distinta es no verlo. Ramírez hace rato que llegó a la conclusión de que el viejo entiende todo. Es más: cree que podría hablar si quisiera, pero que, por alguna desconocida razón, se niega a hacerlo.

“Romano es muy raro. Todos lo creen un vegetal. Yo no. Y tengo buenas razones. Una vez, hace mucho y por joda, le di papeles y lapiceras de distintos colores. Empezó a dibujar cosas extrañas. Es decir: yo de esto no sé, pero se me ocurre. Tengo guardadas decenas de rollos de dibujos suyos. Andá que el hijo de puta sea un genio o algo. No quiero ser enfermero toda la vida. Yo estoy para mucho más.

Pienso que, de alguna manera, los guardias de las prisiones están presos junto con los presos. Y en este geriátrico de mierda lo mismo. De tanto cuidar viejos vos envejecés también. Terminás tu turno y vas a tu casa, pero seguís aquí.

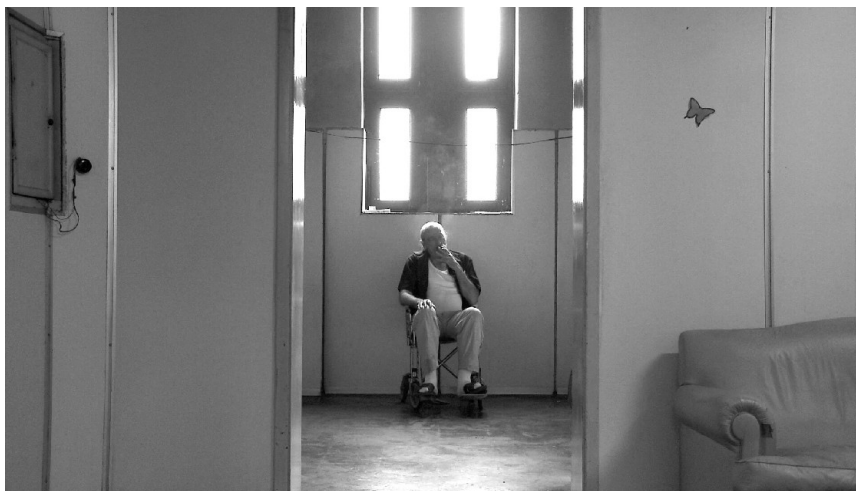
Estoy por llevar algunas cosas de Romano a una galería. Voy a decir que son mías, para que todo sea más fácil y no tener que andar dando explicaciones. Si gustan ya habrá tiempo de aclarar todo después.”



Ramírez había venido pisando fuerte, aunque más no sea para darse ánimos. Pero delante de la puerta de la galería le dio un ataque de timidez. “¿Qué digo? ¿Y si me sacan cagando? ‘Usted es un

horrible. Fueracuchabastandate'. Yo qué mierda sé de estas gar-chas."

Pero tocó.



—¿Sí?

—Sí. Yo traía unos dibujos para ver si se podían...

—¿Tenés cita?

—No, te puedo mostrar...

Viene otro, saluda y entra:

—Buen día.

—¿Qué tal? Ya estoy con usted.

—Yo quería saber... si ustedes... ¿Ustedes venden cuadros?

La mina mira a Jorge Ramírez como si fuese infradotado.

—Es una galería de arte.

—¿Te puedo mostrar?

—No, no. Para presentar tus trabajos acá nos tenés que hacer llegar un dossier. ¿Sabés lo que es un dossier? Un sobre con fotos de

tu obra, con material de prensa. Currículum completo, alguna carta de referencia o recomendación. ¿Eh? Todo eso por duplicado y a esta dirección. ¿Sabés? Te dejo que estoy a mil.



Lo mejor que puede pasarle a un ignorante es tener una enorme dosis de buena suerte. Ramírez, en su edificio, tenía un vecino fotógrafo. Fuera de las fotos podría haberlo ignorado todo. Pero no. Era el tipo justo que Jorge necesitaba.

—Disculpá, soy tu vecino.

—Sí, ya sé. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Vos sos fotógrafo, cierto?

—Soy.

—Te quería proponer un trabajo.

Y le mostró los dibujos sin decir de quién eran. El otro, tácitamente, los aceptó como si fuesen de él. “Este tipo de moverse no sabe un carajo, pero tiene un talento indudable. Lo voy a ayudar a hacer el dossier.”

A medida que sacaba fotos el asombro del vecino crecía:

—Che, están buenos en serio, ¿eh? Sos un tapado, vos.

Con la esquizofrenia propia del plagiario, Ramírez se puso orgulloso. En ese momento, a causa de su personalidad chasco, sentía que la obra era, efectivamente, suya.

Después de fotografiarlo todo:

—Ahora vamos al dossier en sí, papi. ¿Estudio?

—Mgrff... No.

—Autodidacta. Idiomas.

—No. Ninguno.

—Español y conocimientos de inglés. ¿Expo...?

—¡Ah! Me olvidaba: sé hablar italiano.

—Perfecto. Italiano. ¿Exposiciones?

—No.

—Ha participado... en diferentes... muestras... colectivas... a nivel país.

Jorge Romano

—¡Pucho!

—Sí, Romano. Aquí tiene.

Le da y se lo enciende.

“Sí te doy un pucho, espero que te lo ganes. La galería todavía no me llamó. Tengo todo un armario lleno con rollos de la obra de este tipo. Por la cantidad de papiros parece una tumba egipcia.”

—Jorge, teléfono para vos.

—Sí, gracias.

“Los invoqué. Seguro que son ellos.”

—Hola, sí... ¡Ah! Taller... No, no. Yo llevo los dibujos a la galería, mejor. Mañana paso, entonces. Muchas gracias. Chau, gracias.

“Me parece que zafé. Te portaste, Romano. Te dejo un atado.”

Jorge Romano





El primer indicio lo tuvo Ramírez no bien la mina le abrió la puerta. ¡Qué diferencia! Ya no le dijo: "Perdoname. Te dejo porque estoy a mil". Todo sonrisas. Sólo faltaba que lo abanicase. Dos mil quinientos años atrás hubiera sido su hetaira. Automáticamente.

—¿Qué tal? Soy Jorge.

—Pero ya sé. Pasá por favor que te esperan...

Lo recibió el súper: Losada.

—Algunas de las obras que trajiste están medio deterioradas. ¿Qué hacés? Las dejás tiradas por ahí... Cuidá tu trabajo. Parecen sacadas de una tumba egipcia. "Egicia", como decía un enemigo mío. Vamos al grano. Nos gustó tu laburo. Buena obra. Directa. Potente —Ramírez sonrió sacando plumas. La característica de la esquizofrenia plagiaría es que se lo cree todo. ¿Cómo organizo yo las cosas en mi cabeza para sostenerme? Muy sencillo: a mí qué me importa si total estoy loco—. En general no miramos carpetas. Es que eso no parecía un dossier de artista. Por eso miré, pensé que era otra cosa. La agenda está completa de acá a dos años, pero podemos hacer un hueco en el cronograma. Podría ser... septiembre. Obviamente te voy a ir adelantando algo, así podés comprar materiales y te podés dedicar tranquilo a producir. Te quiero dejar bien en claro cómo va a ser el arreglo. Sesenta por ciento para la galería y cuarenta por ciento para vos. ¿De chico dibujás?

—No.

—No firmás tus trabajos.

—No.

—Firmalos.

A Losada lo llaman por el celular. Atiende:

—Hola, sí... ¿Qué tal? ¿Cómo te va? Bien, bien...

Le hace un gesto a Ramírez como diciéndole: "Dejame que atienda a este tarado y después la seguimos".